

RATOS DE RELATOS



Consuelo Giménez Pardo



RATOS DE RELATOS

CONSUELO GIMÉNEZ PARDO

RATOS DE RELATOS

CONSUELO GIMÉNEZ PARDO



Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 Ratos de relatos

© Consuelo Giménez Pardo

© 2012 Vision Libros

C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España

Web: www.visionlibros.es Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-467-4

Disponible en papel y ebook

www.visionlibros.com

www.terrabooks.com

Pedidos a:

pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

Para mi madre, la gran lectora impaciente

Entra en ti sin llamar

Stanislaw Jerzy Lec

Siempre para mis Alfonsos

INDICE

1. Incorpóreo al fin	11
2. A trompicones.....	17
3. Don Anselmo	27
4. Conversación con crisantemos.....	33
5. La carta de amor	39
6. Mi soledad es mía ¿O no?	43
7. La casa de arcilla.....	47
8. El cumpleaños.....	59
9. A contraluz	65
10. El faro	69
11. Un toque de levedad.....	75
12. La Orquesta Tiranía	83
13. Onicofagia.....	89
14. La habitación 254	95
15. La boda	105
16. Cartas desde Osteitia.....	113
17. Manuel y María	127

INCORPÓREO AL FIN

Hacía mucho tiempo que no coincidíamos ¿Verdad? A veces pienso que demasiado. Otras que fue ayer mismo. No te asustes, no vengo a reclamarte nada. He dejado aparcado afuera el carro con todas mis pertenencias, las que todavía me quedan. Si te asomas verás que las dejo junto a dos viejas bolsas de basura y ahí está toda mi vida. Veo que te sorprendes y no deberías. Era lo esperado, lo que habíais pactado ¿O estoy equivocada?

Pero siéntate, puedo pagarte un café o incluso invitarte a comer, no pienses que he perdido la parte del cerebro que tiene que ver con las normas sociales, aunque todo se andará. Te ves bien. Chaqueta y corbata nueva ¿Verdad? No te asombres, es porque ayer te seguí hasta la tienda. Quería saber como te desenvolvías, qué hacías. Dudé contigo cuando no te decidías entre la corbata azul eléctrico o la verde y morada a cuadros. Después te inclinaste por la de rayas finas. La chaqueta, un corte clásico. Yo hubiera escogido lo mismo y desde los cristales te di mi aprobación. No, no me viste.

Si te preguntas por qué no entré es porque ya me conozco la frase con la que de manera sutil se me “invita” a irme. Es por eso que me he acostumbrado a ver a la gente a través de un cristal. Tanto es así que llevo uno, espera que te lo enseñe ¿Ves? Este es azul, pero vale el de cualquier botella. Lo hago por ver color donde hace mucho tiempo solo veo el gris.

Las ventanas me enseñan las vidas de los demás, la que yo tenía, la que vosotros, entre todos, me quitasteis. La gente se aparta cuando me ve, incluso noto que me evitan, no vaya a rozar sus magníficos trajes o les quite por contacto algo de sus maravillosas vidas. Pero ¿También tú? Es curioso, recuerdo un tiempo en el que habrías vendido tu alma por tocarme.

Veo que ahora bebes. Eso es nuevo ¿Verdad? Son solo las diez de la mañana. Quizás te pongo nervioso, quizás te hago enfrentarte a tus miedos. Pero ¿A qué tienes miedo? ¿A acabar como yo? No considero que este sea el final previsto, yo lo llamo “esa extraña transición” en la que me encuentro.

Cuando me echaron, al principio, fue un alivio. Por fin tenía tiempo para mí sola. Se habían terminado las eternas discusiones por los ascensos que no llegaban, las reuniones que nunca llevaban a nada. Se acabaron

las llamadas y los informes absurdos. No sabes la liberación que sentí. La indemnización cubría ampliamente mis necesidades y seguí con el mismo tren de vida, el gimnasio, las cenas en buenos restaurantes, el coche, los vinos caros y mis viajes, a los que nunca he querido renunciar. Después llegó y se fue el paro. Creo que eso también me lo bebí.

Nunca fui buena ahorradora. Asientes con la cabeza y sabes que tú tampoco. Es eso lo que te asusta ¿Verdad? Te ves en mi lugar, un lugar que no controlas ni abierto ni cerrado, en el que no valen tus reglas, ni las de nadie, porque no hay reglas. No hay lugares solo espacios, no existen las personas, tan solo una maraña de gente que se mueve de manera anárquica.

Durante mucho tiempo me embutí entre ellos por sentirme parte de la corriente, por dejarme arrastrar por la marea. Ida y vuelta. Ida y vuelta. Era fácil. Después todo eso no me sirvió de nada. Vagaba con ellos, pero dejé de sentir su calor. Entonces comprendí que me había convertido en un fantasma. ¿Te ríes? A mí también me gustaría, pero he perdido la sonrisa a fuerza de no usarla. También la expresión, el color y la mirada. Son cosas que ya no necesito.

Bebe, bebe, para poder digerir lo que cuento. Te sorprenderá saber que aún no he olvidado cómo se maneja un ordenador. Cuántas veces, de noche, me colaba en los despachos. Me gustaba enviaros mensajes. Quizás recuerdes aquel tan simpático sobre Brad Pitt y su pit..., pero dejó de ser gracioso cuando comprobé que ya no podía pulsar las teclas para ordenar las palabras, simplemente porque había perdido los dedos. Ahí me di cuenta de que algo no iba bien. Y ahora estoy aquí por ti, tan solo porque tú fuiste el único que continuó llamándome, el único que pasaba por mi casa para comprobar si me alimentaba y con qué. El que, de vez en cuando, limpiaba el frigorífico y tiraba los alimentos caducados ¿Durante cuánto tiempo? Quizás hasta aquella mañana en la que, asustado, comprobaste que ya no respiraba. Nada se pudo hacer ya.

Aún recuerdo con impotencia, pero ya sin rabia, el cómo tramasteis todo sin que me diera cuenta, ¿Cómo pudo aparecer todo aquel dinero en mi cuenta? ¿Cómo conseguisteis mi firma?

Lo que bebes ya no es tan bueno ¿Verdad? Eso es porque, de todos, eres el único que tenía conciencia. Por eso aún puedo verte y tú sentirme apenas como un

susurro, como una brisa. Crees que es eso que llamas conciencia.

Pero veo que levantas la cabeza y tienes la mirada perdida. Es hora de que me marche. Tengo mucho que hacer y aunque llueve, no te preocupes, no me mojaré. Es la ventaja de no tener cuerpo. Te dejo a solas con tus pensamientos. Seguiré viniendo mientras me acuerdes, acompañándote mientras bebas. Sé por experiencia que no es bueno hacerlo solo.

¿Mañana en el mismo lugar y a la misma hora?

A TROMPICONES

A trompicones, Sebastián embutió las últimas maletas en el maletero. Ya no quedaba más hueco y seguro que muchas de las cosas que llevaban eran innecesarias. Hacía frío y el vaho le empañaba las gafas por lo que, con cuidado, se abrochó bien el abrigo y las limpió con un pañuelo de papel. En el maletero se mezclaban bolsas de todos los colores y tamaños algunas, como las que Eva se empeñaba en llevar en cada viaje, estaban llenas de sus potingues, cremas de todo tipo y marca con las que pretendía detener el tiempo. Como si eso fuera posible.

A trompicones, también marchaba su relación y ambos lo sabían. Sebastián había hecho planes de abandonarla en cuanto se acabara ese estúpido viaje en el que se empeñaban año tras año. Eva, mientras tanto, seguía inmersa en una especie de ilusión absurda en la que imaginaba que aquella crisis acabaría tal y como empezó. Cuando, por fin, todas las maletas estuvieron hábilmente colocadas, el taxi arrancó camino del aeropuerto.